

“La lengua puede ser pensada también como un recurso natural”. La Biblioteca-La expression Americana, primavera 2009, nro.8. Entrevista de María Pía López y Sebastián Scolnik

Teniendo en cuenta tus últimas investigaciones del libro que estás terminando ¿en qué consiste la singularidad temporal que pensás como característica de América Latina?

-En el libro trabajé sobre dos problemas que considero fundamentales en el sentido de fundantes: las temporalidades y los territorios. En el primer caso me centré en Argentina, en los cambios que se produjeron en los últimos años, sobre todo en la ciudad de Buenos Aires. Un panorama de la década hecho a partir de los tiempos de las ficciones del año 2000. Allí trazo un paralelismo entre las temporalidades singulares de las ficciones y lo que podría ser un esquema histórico de América Latina. Una historia de América Latina que no se restringe a la recopilación de datos analizados en clave desarrollista, sino una historia de los cortes y los saltos que, para mí, constituirían la singularidad histórica de América Latina.

Este análisis lo hago a partir de las novelas que aparecieron en el 2000, ya que en ellas veo un espacio privilegiado porque en las ficciones hay sujetos, hay tiempos subjetivizados. La literatura pondría sujetos en la imaginación pública, esa es una de las ideas básicas. En las temporalidades de las ficciones y en sus sujetos, estaría “Buenos Aires año 2000”.

En cuanto al eje de los territorios tomo textos de toda América Latina y trabajo en el territorio de la nación, la ciudad, la isla urbana –que sería el lugar donde uno se encierra a vivir– y el territorio de la lengua, aspecto que recorre todo el trabajo, y en el que analizo las políticas empresariales y neocoloniales españolas respecto a la industria del español que se vienen desarrollando a partir de los años 90.

Esos cortes históricos implican una clasificación ¿A partir de qué umbrales los identificás?

-Para mí la historia latinoamericana es una historia discontinua. Esos cortes históricos que interrumpen un desarrollo y una historia propia empiezan con el descubrimiento. Son como saltos modernizadores y saltos represores. Los separo aunque en general van juntos. Los pensé así porque me sirvió para entender las diferencias entre, por ejemplo, los noventa y las dictaduras. En los saltos modernizadores se ve muy bien cómo América Latina es obligada a colocarse en un presente de la historia de otros, en el presente del capitalismo. La historia del primer mundo es continua porque la historia del capitalismo puede pensarse como una historia en desarrollo, lineal y con etapas. En América Latina va transcurriendo la historia hasta llegar a un punto en que se produce un corte que la obliga a dar un salto adaptativo respecto a los requerimientos del capitalismo mundial. Esos saltos modernizadores, que cortan nuestra historia propia, producen todo tipo de efectos, entre ellos las lagunas temporales que se suceden a partir de la violencia de los saltos.

Los estudios poscoloniales han trabajado algo parecido a esto: la idea de un tiempo que procede por diferencias. Para mí, la diferencia está dada por los saltos modernizadores o represores, que producen lagunas temporales hechas de retornos y de repeticiones.

Esta dinámica de lagunas constituiría nuestra singularidad histórica y social. Las lagunas son públicas e íntimas a la vez; los sujetos latinoamericanos no se pueden sustraer a esta historia de saltos represores y modernizadores y también son lacunarios desde el punto de vista histórico.

Esta es una construcción especulativa; las especulaciones no pretenden ser verdaderas o falsas, son construcciones imaginarias que te permiten dar cuenta de una historia. Yo pude percibirla viniendo de afuera, habitando otra temporalidad; aquí me encontré con restos de elementos anteriores, repeticiones y retornos junto con esas modernizaciones forzosas, impuestas por el capitalismo.

En un artículo tuyo trabajabas acerca de los periódicos y la literatura. Allí aparecía la idea del *dejà vu* donde en cada momento aparecen tiempos diferentes operando en una misma situación...

-Sí. Tiempos diferentes y temporalidades dominantes. Por ejemplo, la temporalidad de la memoria en Argentina es el signo dominante de la época, de la década del 2000. Va hacia atrás permanentemente y trata de mirar el presente desde un pasado constituido por un corte brutal. En la memoria el presente siempre se anexa a un pasado o va hacia un pasado. Otras diferentes son las temporalidades de la nación con sus fundaciones, mitos de origen y proyectos. Allí hay una época en que se olvida y otra en donde reaparece...

En los últimos tiempos, el comienzo de siglo que estás analizando, hay un permanente reenvío hacia el pasado. Sin embargo, esa temporalidad de la memoria converge, por un lado, con ciertas dinámicas contemporáneas del capitalismo mundial, pero también con las resistencias más activas de los últimos tiempos. ¿Cómo es eso que vuelve interpelado desde dinámicas tan antagónicas? ¿Vuelve desde distintos lugares?

-Bueno, yo trabajo con un conjunto de temporalidades que están flotando en la cultura: que se las ve en la literatura, en la cultura en general y en los medios. El sujeto de la memoria es la familia y su temporalidad es la generacional. En Argentina eso se ve clarísimo. Se podría criticar políticamente la memoria dominante porque no te deja salir del sujeto "familia" (hijos, padres, madres, abuelos, etc.). La memoria te obnubila la aparición de otro sujeto social, su tiempo es generacional, y como tal se reformula y cambia. No hay que pensar que la versión actual de la memoria es la que va a prevalecer, porque ninguna lo hace. La memoria es histórica y se va rehaciendo y variando. Eso se ve en Europa con el fascismo: cada generación tiene una noción diferente de ese pasado.

Pero a mí lo que me interesa más de estas temporalidades son sus sujetos. Si vos tomás los textos literarios producidos por la memoria, siempre los personajes son familiares; hijos que buscan a los padres, etc. Eso aparece así desde los noventa hasta hoy de un modo casi invariable en las ficciones. Uno puede preguntarse qué sujetos podrían hacerse cargo de una política posible en América Latina si todo está absorbido por la memoria, y la memoria toma la forma familia... eso es muy problemático.

En ese sentido, ¿vos ves que la memoria cumple el mismo papel en la experiencia indígena latinoamericana?

-La memoria indígena es diferente porque son memorias comunitarias, no familiares. Esto es algo muy difícil de pensar en la Argentina, pero si miramos Bolivia vemos que el sujeto es la comunidad. Acá es imposible pensar en esos términos porque lo indígena fue directamente cortado, abortado y aniquilado.

Y al mismo tiempo hay dos memorias, la de la nación y la del desarrollismo, que también actúan en disputa con esa otra memoria aniquilada...

-Sí, hay memorias generacionales que cambian, pero para mí no hay solamente una memoria nacional sino una “temporalidad de la nación”. Ahí los sujetos son diferentes y su tiempo es lineal, hacia adelante, y progresivo. En cambio el tiempo de la memoria es un tiempo quebrado y hacia atrás. En la memoria avanzar es ir hacia atrás, lo que también se transforma en un dilema político.

Creo que si volvemos a pensar todo ese tipo de problemas tenemos que replantearnos otro sujeto, otras políticas. Fundamentalmente cuando la justicia y los derechos humanos, ligados a la trágica historia reciente, se han instalado en el conjunto de las políticas sociales. Entonces, el problema es ¿y ahora qué?, ¿después de esto qué?

Se podría pensar, me parece, en términos de las temporalidades dominantes y de los sujetos que con ellas se configuran. Por ejemplo, el futuro en el año 2000 solamente era imaginado en la literatura minoritaria y experimental. En ese momento eran Aira o Libertella, los vanguardistas, los únicos que pensaban en términos de futuro y podían imaginarlo. Toda la cultura y toda la sociedad se volvía hacia atrás, hacia la memoria. Se podría hacer un gran debate sobre esta cuestión de las temporalidades.

¿Ves a Argentina como una excepción respecto de AL, o sus procesos encuentran equivalentes en otros países?

-En todos los países donde hubo guerrillas y masacres, la temporalidad funciona más o menos pareja, lo que pasa es que también hay otras temporalidades en juego. Para mí hay una clave fundamental de la política: ¿con qué pasado hago política? Y eso implica un análisis de las temporalidades. La pregunta es ¿con qué pasados construyo el presente?, porque puedo hacer jugar una pluralidad de pasados en la escena actual, o quedarme en un solo pasado e insistir en el presente con esa única temporalidad política.

Por un lado, tenemos el problema de la política donde siempre está en juego la elección de una tradición, la búsqueda en el pasado de formas de legitimidad para el presente; pero, por otro lado, hay en el plano de la memoria algo específico respecto de la dictadura que complejiza las decisiones políticas, en la medida en que funciona como un “deber” del que es muy difícil sustraerse...

-Claro, la memoria, en este sentido, es lápida. A partir de allí uno comienza a pensar qué otra posibilidad de sujetos y de tiempos tenemos que no nos encierren en esto... Para mí hay algo que se omite, porque en el año 2000 hay dos memorias que pueden leerse juntas. Cuando se piensa la memoria la referencia se restringe a la dictadura. Yo insisto en una memoria judía de los atentados de los años 90 en los que no hubo justicia. Y las dos memorias están actuando todo el tiempo juntas, aunque de manera distinta. En el caso de la dictadura hay una apertura hacia una justicia internacional y también local. En el caso de los atentados antijudíos América Latina, como ocurre muchas veces con respecto a situaciones extremas, se adelanta a la temporalidad mundial (en tanto atentados islámicos previos al 11 de septiembre de 2001). En Argentina esos acontecimientos quedaron obturados en la justicia misma; sin posibilidades de justicia, giran sobre sí mismos.

Creo que hoy, pensar América Latina es pensar lo local y lo global simultáneamente. Esta memoria judía es en parte también una memoria global, aunque sea localizada. Aquí, entonces, tenemos una característica específica y excepcional de la Argentina, por el componente migratorio judío.

¿La idea de trabajar sobre América Latina te surgió como necesidad estando en Estados Unidos más que en Argentina?

-Sí, totalmente...

¿Qué significó construir una mirada sobre Latinoamérica desde Estados Unidos?

-En primer lugar, en Estados Unidos aparece América Latina como un campo de estudio. No hay una especificidad argentina, sino espacios de investigación (literaria, histórica, etc.) que son regionales: hay latinoamericanistas. Entonces se configura inmediatamente una “especialidad”. Pienso en Halperín Donghi, por ejemplo, que es otro caso típico de un emigrado... Todo el tiempo te encontrás con una comunidad académica compuesta por peruanos, mexicanos, colombianos, cubanos, etc. Allí se arman las solidaridades, hermandades que se viven de modo muy intenso porque somos migrantes. Empezás a ver ciertos puntos homogéneos y ciertas posibilidades comparativas cuando se despliega una perspectiva latinoamericana que no se reduce a una mirada local. Yo estuve muchos años en Estados Unidos, y ahí se me constituyó el “campo”. Aunque antes de irme ya me interesaba América Latina y escribí sobre Onetti y García Márquez. Pero en ese clima que se arma en los institutos latinoamericanos de las universidades norteamericanas, la mirada te cambia; ves la región, las diferencias pero también las hermandades posibles.

En los años 20 del siglo XX se constituye una red de circulación intelectual latinoamericana. Puede verse en una revista argentina, o peruana o brasilera donde los temas de los artículos son muy similares. Ahora, con las nuevas posibilidades tecnológicas, esa comunicación podría ser mucho más fluida y podrían proliferar y multiplicarse los intercambios. Pero sin embargo, esa red no existe. Cuesta pensar cuando se produjo esta retracción...

-Yo lo miro desde otro lugar. Pienso que hay momentos en donde Latinoamérica se globaliza y entra a la conciencia global, donde los escritores e intelectuales –habría que ver si esos términos pueden seguir utilizándose del mismo modo– de repente se encuentran en algún punto. El primero es el momento de las revoluciones de independencia con sus ideólogos y sus héroes. El segundo es el fin del siglo XIX y principios del XX con el modernismo. Están casi todos los escritores en París o en Madrid, van y vienen y publican en editoriales españolas y francesas. Rubén Darío, que da vueltas por todos lados y unifica de algún modo el movimiento modernista, piensa con una perspectiva latinoamericana y no en función de un espacio nacional. La otra etapa de modernización latinoamericana y nacional es la que culmina en los años 60, donde se produce otra globalización de América Latina con el conocido boom de los nuevos escritores. En todos los casos América latina aparece como moderna y original al mismo tiempo. Yo no sé si ahora pueden pensarse las cosas de la misma manera. No sé si es posible hablar de una fuerza específica latinoamericana en esta globalización. En los dos últimos casos –fin de siglo XIX y los 60– América Latina tuvo un aporte concreto: el modernismo de Darío en el terreno cultural y la Revolución Cubana como campo de experimentación política. Allí radicó la originalidad regional.

Una anomalía pero universalizada...

-Exacto, súbitamente un rasgo específico entra a funcionar globalmente. Creo que ahora es diferente, porque la globalización instala otro tipo de universalidad, algo que se verifica en la cuestión del lenguaje: el español como un movimiento que va más allá de lo latinoamericano.

¿Qué tipo de movimiento?

-En el caso de la literatura, la globalización produce un movimiento que trata de borrar las fronteras nacionales. Empieza a haber toda una serie de congresos “de la lengua” donde se reúnen los escritores jóvenes de Latinoamérica con escritores españoles; hay un intento de pensar esa unidad que empieza a llamarse, desde España, Iberoamérica. Quiero decir que se establece la típica jerarquía colonial de uno a muchos: España frente a los países latinoamericanos en el interior de la comunidad lingüística. Eso implica una reinstalación de ciertas políticas coloniales, donde lo “latinoamericano” queda reducido a una diferencia que funciona subordinadamente en la industria del libro (en realidad, en la industria de la lengua). Alfaguara se llama a sí misma “editorial de la lengua”: borran lo nacional y diluyen lo latinoamericano, instalando una política de premios y ediciones en la que todo aparece en un mismo plano, pero siempre en la diferencia entre España y Latinoamérica.

Habría que analizar si este nuevo tipo de universalidad tiene que ver con un proceso de mercantilización extremo en la cual, de alguna manera, lo latinoamericano, si se quiere, pasa a ser parte de un “pintoresquismo” local producido sólo como diferenciación mercantil en esa de universalidad global...

-Sí, existe eso, pero eso ya existía también en los años 60, y es el modo en que el primer mundo absorbe al tercero, porque en eso no entra solamente América Latina, sino todo el tercer mundo. Un “pintoresquismo” del “dictador latinoamericano” como una gran figura que produce Latinoamérica, y que es asimilada en el primer mundo como un exotismo. Esto está bastante trabajado: cómo el primer mundo absorbe su otro, lo constituye como tal, y se define como civilizado frente a lo incivilizado latinoamericano o africano. Al primer mundo se entra mediante ese proceso de exotismo que los define a ellos como avanzados y democráticos. No hay otro tipo de mirada, hasta ahora, que la exótica y en cierto modo salvaje. Por otro lado, pero al mismo tiempo, se configura una historia lineal y desarrollista del capitalismo que nos pone siempre como atrasados, subdesarrollados o emergentes. ¿Cómo evitar esa catalogación? Negando la historia lineal y el desarrollo en etapas.

¿Cuál sería la diferencia específica, entonces, entre la relación de lo global con lo latinoamericano en los 60 y la que se produce hoy? Hablame de literaturas posnacionales...

-Son consideradas posnacionales por las industrias del libro español, en tanto una operación de mercado. De todos modos, creo que la era de lo nacional está debilitada. Sea por estas operaciones mercantiles globales, o por otras cuestiones, emerge una especie de “comunicatividad latinoamericana” en la que España se incluye con el nombre de Iberoamérica. Digo esto porque lo vi claramente en Estados Unidos. En Yale (y en muchas otras universidades) había una institución, Latin American Studies, que era un instituto en donde entraban todos los que se dedican a Latinoamérica; historiadores, arqueólogos, literatos. Todos tenían ese lugar que Estados Unidos constituyó a lo largo de su historia.

De golpe, en los años 90, no sé si por una operación económica, la institución pasa de llamarse Latin American Studies a llamarse Latin American and Iberian Studies. No importa si fue por el

origen de los subsidios, el tema es que la institución cambia de nombre y, por lo tanto, esa identidad latinoamericana que nosotros cuidábamos tanto políticamente, pasa a ser mezclada con lo ibérico. Creo que eso también es un problema para discutir.

Como lo sucedido en el Congreso de la Lengua en Rosario...

-Claro. José del Valle, que es un joven lingüista español que enseña en EE.UU, ha escrito un libro sobre el problema de la lengua como patria respondiendo a las políticas españolas de la Real Academia. Hay una conciencia de ese fenómeno. No hay mucha conciencia acá, pero sí afuera. Y ahora que España está atravesando una crisis económica importante, es posible que eso no se vea tanto, pero esas políticas persisten. Se trata de políticas *sobre la lengua*; los neocolonialismos no hay que pensarlos hoy como políticas sobre naciones, sino sobre problemas, campos y materias específicas. En la lengua hay políticas imperiales, en el petróleo puede haber otras políticas imperiales diferentes, casi siempre se trata de los recursos naturales.

¿Y ambas están asociadas?

-Asociadas en formas complejísimas. Pero en la lengua se ve claramente. En determinado momento se vislumbra algo que no sucedía acá, que la lengua da dinero. Pero la lengua puede ser pensada también como un recurso natural, ¡porque es un recurso natural que tenemos los humanos! La lengua se constituye en mercancía que se compra y se vende, se enseña y se edita. Son políticas que empiezan en los 90. Por supuesto Telefónica es la avanzada de todo eso, los teléfonos son lengua pura. Se trata de problemas que en general no suelen pensarse de este modo.

En general suele situársela como un campo específico, restringido...

-Absolutamente: teléfonos, radios, enseñanza de la lengua, los Call Centers convierten a la lengua en una mercancía que da mucha plata. Hay un territorio de la lengua que ya no es un territorio nacional. En el caso de la lengua castellana es un territorio que abarca América Latina, España y Estados Unidos. Somos 400 millones de hablantes, vaya mercado.

¿Cuál es la relación entre la constitución de esos territorios de la lengua y los desplazamientos migratorios?

-La relación es total. La establecen los mismos españoles. Hay un instituto dedicado al estudio de la economía española (el Real Instituto Elcano) que establece un paralelismo estricto entre migración e inversión. Si uno mira el mapa mundial, los migrantes se desplazan hacia la zona de donde vienen las inversiones. Esas inversiones y migraciones se hacen en el interior de la misma lengua. Sería un movimiento de personas y capitales que puede establecerse como correlativo porque se produce en el interior del mismo territorio de la lengua, el castellano. Ellos mismos lo establecen.

¿Hay algún vínculo entre esas políticas imperiales respecto de la lengua y algo que parece ser un proceso de los últimos años que es la neutralización de sus usos? En las traducciones, por ejemplo, es algo que puede verse con claridad. Vos agarrabas una traducción española y, por el tipo de giros, te dabas cuenta claramente que era de España. Ahora, podés ver traducciones españolas o argentinas que están escritas en un lenguaje más neutro...

-Creo que todos los idiomas han cambiado con la globalización, en el sentido de una cierta estandarización. Por supuesto que a los capitales les conviene esta estandarización. Yo me acuerdo que Puig, por ejemplo, se quejaba muchísimo de que Seix Barral le hacía cambiar términos todo el tiempo: en lugar de pollera tenía que poner falda, o acera por vereda, y se quejaba de eso. Ahora, en oposición a esa política de los años 60 y 70, están todos los localismos permitidos, aceptados. Entonces, está al mismo tiempo la estandarización y también la diferenciación local. En mi libro analizo una de las consignas de la Real Academia en cuanto a la lengua, que es “unidad en la diversidad”. La diversidad es una de las premisas centrales del capitalismo contemporáneo: cuanto más diversidad más ganancias. La RAE no impone sino que vende sus diccionarios que cuentan con todos los localismos y variantes del español, como el Diccionario Panhispánico de dudas, 2005.

Recientemente *Clarín* acaba de editar el diccionario argentino, mostrando hasta qué punto los grandes capitales de la comunicación están disputando la lengua...

-Los profesores argentinos de lengua de repente se dan cuenta de que tienen todo pautado, que tienen que enseñar de determinado modo, tomar exámenes específicos, usar determinados libros... Esto implica todo un cambio de perspectiva. Lo único que hay que hacer es ver el Producto Bruto Interno: ¿cuánto da la lengua? ¿y a quién? En Latinoamérica la lengua no da casi nada si nos fijamos en el PBI, pero en España da el 15%. Es una cifra muy alta. O sea, ellos vieron que la lengua (el idioma específicamente) es hoy la materia económica crucial. Porque es la materia prima de los medios de comunicación.

Pareciera que se valora la lengua como un recurso vital a partir de un determinado tipo de relación entre lengua y experiencia: este valor económico y productivo se da, a diferencia de las situaciones pretéritas, por el tipo de operación en que es producido el código universal. La lengua es abstraída como valor de cambio, de un conjunto de experiencias que la significan. Se produce un desencarnamiento en el que la lengua mercantilizada vuelve luego sobre la propia experiencia que la produjo. Al mismo tiempo, en cualquiera de las dimensiones que planteaste, desde el petróleo hasta el habla, la lengua se transforma en una herramienta inmanente de cualquier resistencia. Hay un juego de reapropiaciones, hibridaciones, formas de contaminar el lenguaje, de asociarlo a las experiencias, de inventar conceptos que todo el tiempo están en tensión con las formas de apropiación. Y es ahí donde parece jugarse una politicidad específica para pensar el problema de la lengua...

-Sí, absolutamente, la lengua tiene una politicidad específica. Por eso las políticas que algunos llaman coloniales, otros neocoloniales, otros imperiales -como las llamo yo- son políticas específicas, que requieren de una resistencia específica. Ya no se trata de “luchar contra el imperialismo” en general, se trata de dimensiones particulares, campos específicos que habría que encarar como tales, aunque sean parte de políticas expansivas de naciones en busca de mercados.

Al mismo tiempo, al tener efectos transversales tan importantes, la lengua se nos presenta como un problema político de primer orden...

-Es uno de los problemas que estoy tratando de pensar: el punto de fusión donde se encuentra lo económico, lo social, lo subjetivo -porque la lengua es sujeto puro también. Esos puntos de fusión serían centrales en la política contemporánea. Y hay que pensar una política con fuerte espíritu latinoamericano, capaz de reconstruir lo común. Yo quiero que todo esto se difunda, se discuta, se refute y no que quede entre intelectuales.